

Debates sobre el estatuto de la adolescencia y sus invariantes estructurales en psicoanálisis

Discussions about the status of adolescence and its structural invariants in psychoanalysis

Por Martina Fernández Raone¹

RESUMEN

El concepto de adolescencia ha sido objeto de estudio, así como de debate de diversas disciplinas. Muchos autores la consideran una fase evolutiva crítica inherente al individuo con características específicas. Otros, en cambio, cuestionan su existencia, definiéndola como una construcción sociohistórica producto de la cultura contemporánea. En este artículo nos proponemos, en primer lugar, analizar críticamente algunas de las principales perspectivas teóricas que presiden una discusión acerca del término adolescencia. Seguidamente, revisar los aportes de Freud en su abordaje de la pubertad, particularmente en la doble vertiente de lo que ocurre con las identificaciones en esa época de la vida y la complejidad de la elección de objeto. Por último, consideraremos la adolescencia a partir de los progresos de la enseñanza de J. Lacan, para presentar, más allá de la tensión del binomio y oposición entre lo biológico y lo social, un análisis estructural y lógico que respete la naturaleza del objeto en cuestión. Desde una perspectiva psicoanalítica lacaniana concluiremos que la adolescencia constituye una coyuntura particular que implica invariantes estructurales que, en relación con los problemas del sexo y la existencia, obligan al sujeto a elaborar respuestas inéditas como intentos de soluciones condicionadas por el Otro familiar y cultural.

Palabras clave: Adolescencia - Estructura - Desarrollo - Sexualidad - Psicoanálisis

ABSTRACT

The concept of adolescence has been the subject of study, as well as debate of various disciplines. Many authors consider it as a critical evolutive phase inherent to the individual with specific characteristics. Others, however, question its existence, defining it as a sociohistorical construction product of contemporary culture. This article proposes, in the first place, to analyze critically some of the main theoretical perspectives that preside over a discussion about the term adolescence. Next, it will review the contributions of Freud in his approach to puberty, particularly in the double aspect of what happens with the identifications in that time of life and the complexity of the choice of object. Finally, it will consider adolescence from the progress of the teaching of J. Lacan, to present, beyond the tension of the binomial and opposition between biological and social factors, a structural and logical analysis that respects the nature of the object in question. From a Lacanian psychoanalytic perspective, we will conclude that adolescence constitutes a special conjuncture that implies structural invariants that, in relation to the problems of sex and existence, compel the subject to elaborate inventive answers as attempts of solutions conditioned by the familiar and cultural Other.

Keywords: Adolescence - Structure - Development - Sexuality - Psychoanalysis

¹Universidad Nacional de La Plata (UNLP). Facultad de Psicología Doctora en Psicología. Facultad de Psicología (UNLP). Especialista en Clínica Psicoanalítica con Adultos (UNLP). Universidad Nacional de La Plata (UNLP). Becaria posgrado y postdoctorado de investigación (UNLP). Docente de Psicopatología I. Facultad de Psicología, (UNLP). E-Mail martinafer228@hotmail.com

Introducción

La adolescencia ha sido estudiada por diversas disciplinas teóricas y corrientes de pensamiento que incluyen a las denominadas Ciencias Sociales, el Psicoanálisis y la Psiquiatría. Dentro de cada una de ellas hallamos a su vez posiciones teóricas y abordajes epistemológicos diferentes respecto a cuestiones que aluden a este término. Algunos de los puntos que han adquirido importancia en los debates sobre la temática a lo largo del siglo XX son su estatuto teórico y su relación con los fenómenos empíricos, es decir, su misma existencia, también los factores que han modificado sus límites y finalización, sus rasgos principales en los diferentes sexos, su relatividad y determinismo (Quentel, 2004).

A partir de la elaboración de un trabajo anterior (Fernández Raone, 2017) en donde nos dedicamos al estudio de la consulta por adicciones en la adolescencia, en este artículo nos proponemos, en primer lugar, analizar críticamente algunas de las principales perspectivas teóricas que presiden una discusión acerca del concepto de adolescencia que repercute en las diferentes corrientes del Psicoanálisis. Seguidamente, nos ha parecido necesario revisar sintéticamente los aportes de Freud en su abordaje de la pubertad, particularmente en la doble vertiente de lo que ocurre con las identificaciones en esa época de la vida, así como la complejidad de la elección de objeto, el papel del Complejo de Edipo y la diferencia de sexos. Por último, consideraremos la adolescencia a partir de los avatares que corresponden a la subjetivación del sexo en el inconsciente freudiano de acuerdo con los progresos de la enseñanza de J. Lacan. En esta perspectiva, se trata de superar la tensión que ha caracterizado las diferentes posiciones que se han ocupado de la adolescencia, para presentar, más allá del binomio y oposición entre lo biológico y lo social, un análisis estructural y lógico que respete la naturaleza del objeto en cuestión.

La adolescencia como fase evolutiva crítica

El siglo XIX retoma la concepción de la adolescencia de Rousseau (1762), quien consideraba que la adolescencia comenzaba con la pubertad como hecho fisiológico, y estos dos términos se mantienen asociados, aunque no pierden su diferencia. Por el contrario, así como la pubertad resulta un fenómeno reconocido como universal, la adolescencia es relativizada, como una transición que puede activar ciertos desordenes considerados hereditarios. Es una época de transformación física y moral, en la medida en que se considera que el adolescente desarrolla su personalidad. Lo que inquieta en el siglo XIX es fundamentalmente lo que ya había advertido Rousseau: las pasiones y los impulsos sexuales, que deben ser vigilados y regulados por la educación.

Con el comienzo del siglo XX nacieron en Francia y en Estados Unidos abordajes considerados científicos que se proponen desentrañar lo que ocurre de específico en la adolescencia, en muchos casos en estrecha relación con

la educación (Debesse, 1907). Se ocupan de mostrar la búsqueda de originalidad del adolescente y su necesidad de independizarse de los padres. Por otro lado, hacen referencia a los rasgos de la conducta de los jóvenes que tanto preocupan a los adultos, enfatizando su carácter tumultuoso (Arnoult, 2011).

En este contexto psicólogos como Stanley Hall, Anna Freud y, posteriormente, Erik Erikson junto con otros delimitan el estudio de la adolescencia definiéndola como un periodo del desarrollo psicológico a partir de criterios basados en la evolución y el desarrollo. Desde una perspectiva “naturalizante” (Quentel, 2004, 26) tienen en cuenta la noción de madurez, cuya base es fisiológica, y de crecimiento. La consideran de este modo como una fase evolutiva necesaria dentro de la evolución del ser humano, por ende, universal, espontánea y natural, que conlleva modificaciones tanto a nivel fisiológico como psíquico y que incluye la llamada crisis de la adolescencia. Mencionaremos a continuación las tesis fundamentales de los representantes que han realizado contribuciones en el campo del Psicoanálisis y que hacen alusión a la adolescencia como etapa. Todos ellos toman como punto de partida los textos freudianos (a los que luego nos referiremos), pero introducen novedades atinentes a la singularidad de los cambios que operan en este periodo de transición, de acuerdo con la corriente de pensamiento en la que se insertan. Nuestra selección no pretende ser exhaustiva, pero creemos que ofrece un panorama general del tratamiento teórico que en el curso del siglo XX ha resultado significativo.

Entre los primeros autores, a principios del siglo XX, encontramos a Hall (1904), el cual fue uno de los primeros psicólogos en hablar de adolescencia. Se sitúa en la corriente evolucionista, proponiendo una división del desarrollo humano en sucesivas etapas, entre ellas la adolescencia. Desde un enfoque psicobiológico e influenciado por Rousseau, las teorías de Darwin y las de la recapitulación, la define como el periodo entre la pubertad y la edad adulta. Fase que es caracterizada a su vez por el sintagma *Storm and Stress*, tormenta y estrés, aludiendo al carácter brusco y conmovedor de la crisis inherente a este momento que los jóvenes atraviesan hasta lograr la estabilidad y el equilibrio emocional del adulto (Hall, 1904). Lo fundamental de su concepción se centra en la importancia otorgada a la denominada “crisis de la adolescencia”, cuya emergencia es independiente del ambiente sociocultural.

Los psicoanalistas posfreudianos, entre ellos Anna Freud (1936), comprenden a la adolescencia como etapa de la sexualidad humana donde se reactualizan conflictos y tendencias del periodo infantil luego del acallamiento que supone el periodo de latencia. Esta fase presenta características específicas, como el juego de fuerzas entre las instancias psíquicas, la relevancia de la instancia del yo y los mecanismos de defensa, junto con sus intentos de dominación de las exigencias pulsionales de la pubertad (Freud, 1936). A su vez, según esta perspectiva, los adolescentes exhiben determinados rasgos de carácter tales como el egoísmo, el narcisismo, la elevada “capaci-

dad de abnegación y de sacrificio” (Freud, 1936,155) y un estado de ánimo fluctuante, entre la brusquedad y la extrema sensibilidad, el optimismo y el pesimismo y entre la sumisión ciega a un líder y la desobediencia a cualquier autoridad.

Otros autores, aunque definen a la adolescencia como una fase del desarrollo emocional del individuo y acentúan su carácter esencial, un proceso natural “que debe vivirse, una época de descubrimiento personal” (Winnicott, 1965, 114-115), también consideran la importancia de la incidencia de los factores sociohistóricos y el contexto cultural. Periodo de moratoria psicosexual con respecto a la intimidad y psicosocial para la paternidad (Erikson,1972), en este momento individuo y sociedad deben realizar una ardua tarea, con la final consolidación, a partir de la institución de lo social, de una identidad interna. Según Erikson (1950), el ser humano atraviesa por diferentes etapas, momentos críticos donde se plasman metas, dificultades, logros y frustraciones con sus afectos y eventualmente sus síntomas correspondientes. Este autor incluye a la pubertad y la adolescencia en la edad llamada identidad versus confusión (o difusión) de rol (Erikson, 1950), en la que se cuestionan los elementos de confianza del individuo que tenía hasta entonces debido a las rápidas modificaciones corporales y la maduración genital. El adolescente buscará un “nuevo sentimiento de continuidad y mismidad” (Erikson, 1950, 235) en la coyuntura de una “revolución fisiológica” interna y de una exigencia social de cumplimiento de tareas posibles que aguardan ser realizadas. De este modo, empieza a surgir la relevancia dada a la mirada del otro con respecto a sí mismo y la necesidad de encontrar una relación entre los roles a desarrollar y las aptitudes cultivadas previamente. Aquí se consolida lo que el autor llama la identidad del yo, la cual supera el simple conglomerado de las identificaciones infantiles (Erikson, 1950). A su vez, el concepto de crisis de identidad inherente a esta etapa posee su propio periodo evolutivo y alude, por un lado, a determinantes intrínsecos vinculados a la propia dinámica del conflicto, por lo que “depende parcialmente de factores psicobiológicos” (Erikson, 1972, 12). Por el otro, implica el aspecto social, vinculado estrechamente con la dimensión comunitaria y generacional que el individuo logra establecer y donde cada yo debe poder hallarse a sí mismo. En interacción con su medio circundante, apoyándose primero en los modelos parentales y luego en los comunitarios, la identidad debe lograr una integración como acuerdo psicosocial con una ausencia relativa de conflictos (Erikson, 1972), dependiendo su conformación de la coherencia externa del mundo y de la relación del individuo con ella.

En consonancia con los lineamientos expuestos, Jeammet, psiquiatra y psicoanalista francés contemporáneo, plantea una relación muy significativa entre la adolescencia y los problemas vinculados a la identidad. En esta dirección, considera que la adolescencia es “una referencia, una puesta a punto, un interrogatorio de la solidez de las bases de la identidad del niño” (Jeammet, 1995, 161). Ella pone en jaque todos “los puntos de apoyo

que aseguran los fundamentos de la autonomía del sujeto: sus apoyos narcisistas, fundamento de su sentimiento de seguridad, y sus estructuras internas que extraen su eficacia de su carácter diferenciado” (Jeammet, 2002, 77). Recordemos que este autor sostiene que una de las bases de la experiencia de identidad es el sentimiento de continuidad. Precisamente, en el momento de la adolescencia la identidad se ve cuestionada a partir de un conflicto de las identificaciones. Afirma de este modo que lo característico de ella es “unir a uno mismo con otro, existiendo un conflicto recíproco entre la problemática de la identidad y la problemática de las identificaciones” (Jeammet, 1995, 162).

Al mismo tiempo, para este autor la adolescencia exige la autonomía, planteándose una paradoja que Jeammet subraya: la búsqueda del adolescente de tomar distancia con sus objetos de apego previos, la necesidad de diferenciación, por un lado, y, por el otro, la necesidad de nutrirse de los otros, basada en la tesis de que “para ser uno mismo hay que alimentarse de los demás” (1995, 163). Jeammet (1995, 2000) considera como elemento central en la adolescencia, junto con el efecto de la pubertad, la reactualización de problemáticas con respecto a la integración narcisística y la amenaza de la misma, por lo cual esta contradicción que opone ambas necesidades se reactiva específicamente en este momento de la vida.

El autor plantea que es posible encontrar constantes de lo que denomina “el estado adolescente” que se sitúan más allá de la estructura individual y de la organización social. Constantes que para Jeammet (1994, 724) se refieren a “la permanencia de los cambios que afectan al funcionamiento psíquico de los adolescentes”. Estas transformaciones se encuentran motivadas por la importancia otorgada al incremento pulsional que exige un trabajo psíquico especial, de allí que el autor subraye el peso de lo somático en la pubertad como determinante de los cambios, no sin agregar la operatividad del *après coup*, el efecto retroactivo que se manifiesta en la vacilación y conmoción de la imagen de sí mismo que había construido el niño y que aguarda un nuevo estatuto cultural y simbólico. Esto promueve una desestabilización y torna al adolescente más vulnerable a lo imprevisible de lo que considera “una coyuntura”, la pubertad, conduciendo al joven a modificar la distancia afectiva con las figuras más cercanas. En la medida en que el autor se centra en la perspectiva de la constitución del yo, destaca los riesgos que surgen en el equilibrio narcisístico junto con la estabilidad de las identificaciones, riesgo condicionado por la dependencia de sus relaciones interpersonales (Jeammet, 1995, 2002).

De este modo, lo que configura lo específico del estado adolescente alude, para este autor, a “una transformación estructural de la personalidad” que se produce en la adolescencia (Jeammet, 1994, 690). El elemento pivote de esas transformaciones estaría centrado en el cuerpo, entendido como organismo, y en las consecuencias de estos cambios, sobre todo a nivel de las identificaciones. Es su modificación bajo el efecto de las mutaciones hormonales de la pubertad lo que introduce los cambios

de la adolescencia. La pubertad es así una coyuntura fundamental, pero, agrega el autor, la adolescencia no debería confundirse con estas transformaciones, sino entender que lo que cuenta en primer lugar se inscribe en la problemática identificatoria que plantea la diferencia de sexos, lo imaginario de la apariencia corporal, y los problemas de filiación.

Por otro lado, le resulta de interés constatar la influencia de los cambios culturales, los cuales adquieren un valor definido en la medida en que son convocados como modos de otorgar estabilidad a las vacilaciones de la identidad propias de esta época de la vida. En síntesis, para Jeammet (1994, 1995, 2002) el cambio específico que opera en la adolescencia es la articulación entre estas dos exigencias que son la integración de un cuerpo genitualmente maduro y el acceso posible a una autonomía, que incluye la separación de los objetos parentales.

Por otra parte, el psicoanalista francés Marty (2006) también ha abordado la problemática adolescente. Reformula la noción de “crisis de la adolescencia”, cuestionada desde otras disciplinas, en términos de “proceso” que, sin poseer especificidad en relación con la edad cronológica, participa en el desarrollo del hombre. Encuentra que lo original de este proceso se halla en “la reviviscencia de las experiencias edípicas que se manifiestan en la pubertad en la forma de un Edipo puberal”¹ (Marty, 2006, 255). Para el autor lo novedoso de este abordaje es que, mientras la noción de “crisis” se vincula con una reacción a factores externos (tales como los que Erikson incluía en la conformación de la identidad), referirse a la adolescencia como un proceso modifica el sentido en términos de enfatizar “un trabajo interno, esencialmente fundado en el duelo de los objetos infantiles y la elaboración psíquica de los cambios somáticos vinculados a la pubertad”² (Marty, 2006, 255-256).

Marty parece también responder a los sociólogos que han caracterizado a la adolescencia como “clase de edad” y la categorizan como un fenómeno social. Al respecto destaca su carácter no exclusivamente social, sino que constituye “una parte determinante de la evolución del hombre hacia su destino de sujeto, (...), participa (...) de manera esencial en el proceso de subjetivación”³. (Marty, 2006, 256). Este proceso resulta de la inscripción del adolescente en una perspectiva de filiación y parentalidad, como un paso necesario, según el autor, para lograr la dimensión constitutiva de la subjetividad. La noción de subjetividad se encuentra referida fundamentalmente al yo (moi), en la medida en que se trata de adquirir “la capacidad de pensarse como sujeto de su historia y por primera vez proyectarse como madre o padre potencial”⁴ (Marty, 2006, 256). Al carácter general del proceso atribuido a la adolescencia, Marty agrega su naturaleza específica y particular en la posibilidad de insertar recorridos singulares que configuran una pluralidad de presentaciones.

La adolescencia como construcción sociohistórica

Los factores socioculturales comienzan a adquirir importancia en el estudio de la adolescencia a partir de las críticas que recibe la obra de Hall de parte de la antropóloga Margaret Mead (1928), quien cuestiona la universalidad de ese período de la vida, así como su carácter discontinuo y crítico en el pasaje de la niñez a la adultez. Su hipótesis es que la adolescencia no es una fase de crisis y de tensión, sino el mejor momento de la vida de los jóvenes que ha estudiado en Samoa, en una sociedad organizada sin las regulaciones que se imponen en Occidente. La adolescencia es considerada a partir de este hallazgo como una consecuencia cultural de la evolución de las sociedades, su determinismo por lo tanto es social y no fisiológico. Se inicia de esta manera una discusión en la que tendrán participación décadas más tarde diversas disciplinas y que alcanzará su desarrollo en el siglo XX desde finales de los años 70, particularmente en los 90 y en el curso del siglo XXI (Lozano Vivente, 2014). Debate que tiene la particularidad de no sólo de producirse en la actualidad entre diferentes campos del saber, sino incluso dentro de una de ellas, particularmente el Psicoanálisis y sus diversas orientaciones (Quentel, 2004).

En consecuencia, y teniendo en cuenta los estudios de Mead (1928), entre otros, varios autores consideran que la adolescencia como tal no existe, basando su fundamento en la relatividad y condicionamiento histórico y socio-cultural de la existencia de la categoría misma. De este modo, plantean que constituye sólo un constructo o artificio relativo al contexto en el cual se insertan los jóvenes (Huerre, Pagan-Reymond, & Reymond, 1997). Siendo una “noción imprecisa, imposible de definir desde un punto de vista fisiológico”⁵ (Huerre, 2001, 6), la adolescencia no hace referencia a una clase de edad particular sino a un fenómeno reciente, aparecido a mediados del siglo XIX e inherente a las sociedades occidentales.

Según el psicólogo canadiense Claes (1983), al igual que aseveran otros autores que estudian el tema, la adolescencia nace con la Revolución Industrial y el surgimiento de la familia moderna, considerados condiciones de posibilidad de su surgimiento. En esto coincide el psicoanalista Seguí (2009, 55), quien nos indica que la adolescencia se trata de “una construcción cultural, que, como todas las construcciones, se configura de manera diferente según las épocas y los lugares y escapa a la lógica de lo universal”⁶. La modificación de los factores demográficos y económicos de las sociedades contemporáneas, junto con la vigencia e institucionalización de la escolarización y la educación, comportan, para estos autores, una importancia crucial para la conformación tanto del concepto de adolescencia como del estatuto del adolescente (Le Breton, 2014).

Como podemos observar, muchos psicólogos, psiquiatras, psicoanalistas y pertenecientes a otras disciplinas de las Ciencias Sociales afirman que la adolescencia se presenta como una realidad relativa a lo social a partir de considerar que no existe desde siempre, que no se encuentra en todas las sociedades del mundo y que “no recubre

la misma realidad al interior de una misma sociedad”⁷ (Quentel, 2004, 26). Asimismo, sostienen que la adolescencia es sólo una creación reciente de nuestra sociedad, un artificio que se utiliza para designar el pasaje de la infancia a la edad adulta (Huerre, Pagan-Reymond & Reymond, 1997). Esto lo pueden justificar en el hecho de que, en una revisión histórica del problema, constatan que no existía en otros momentos históricos tal como se manifiesta desde el siglo XIX, particularmente cuando se celebraba con rituales y ceremonias sancionadas por la sociedad para consagrar el paso de la niñez a la adultez. “En las sociedades tradicionales, hoy enormemente destruidas por la globalización, los jóvenes no viven ese largo intervalo marcado a veces por el desasosiego” expresa el antropólogo Le Breton (2014, 8). Son los ritos de pasaje los que aseguran para el autor que el niño alcance una posición activa y responsable en el seno de su comunidad. Por eso la adolescencia coincide con un breve tiempo: el de la ceremonia que sanciona el pasaje. Culturas de este tipo dedican un tiempo a este cambio y la entrada en la maduración social es gradual. Por el contrario, en nuestras sociedades no hay margen para la transmisión entre la infancia y las responsabilidades sociales adultas, por esa razón, según el autor, la adolescencia no existe y los jóvenes permanecen largo tiempo en la transición.

La mayoría de estos autores considera que el problema que surge en la actualidad para los jóvenes es que esta transición se diluye en el tiempo. Señalan que en realidad son los adultos los que excluyen a los adolescentes de su inclusión en la sociedad, por temor a envejecer y según la necesidad de suprimir todos los riesgos de una sociedad insegura. Por esto concluyen que la adolescencia es un artificio, un mito que impide que los jóvenes se conviertan en adultos (Huerre, Pagan-Reymond & Reymond, 1997).

Asimismo, a partir de sus estudios en la cultura actual de Estados Unidos, el psicólogo Robert Epstein (2007) pone en cuestión el carácter inevitable de la adolescencia como momento necesario de pasaje entre la niñez y el mundo adulto, tal como destacaba Stanley Hall. Plantea así que la adolescencia es una extensión artificial de la niñez, en la cual las capacidades del joven se hallan interferidas en su desarrollo a partir de su “infantilización”, la restricción y la falta de derechos (el consumo de alcohol, el casamiento, la posesión legal de bienes y el voto) promoviendo la falta de responsabilidad y la conformación aislada de grupos de jóvenes que adquieren los modelos de referencia de sus pares. Estos adolescentes conforman un nuevo segmento de la sociedad que, a pesar de sus limitaciones desde el punto de vista legal, se incluye dentro de una franja etaria a la cual se dirigen las industrias masivas (indumentaria, música, tecnología) para el consumo de sus productos.

Otra es la significación que le otorgan otros autores a la no existencia de la adolescencia, cuestionando particularmente el sintagma “crisis de la adolescencia”. Un exponente de esta posición es el sociólogo Michel Fize (2001), quien considera que se trata de una mera invención social para ocultar la dominación de la clase adulta sobre la generación joven. Justifica esta afirmación en el

hecho de que el sistema jurídico se edifica sobre el principio, aparentemente protector, de la incapacidad jurídica de los menores. El concepto de crisis, según él, patologiza a la adolescencia con una visión pesimista que traslada a los jóvenes (Fize, 2009). Considera que la mayor parte de los adolescentes viven bien este período de la vida y coincide en parte con los psicoanalistas y psiquiatras Huerre y colaboradores (1997) en señalar que son los adultos los que se encuentran desprovistos de referencias frente a los cambios de los adolescentes. Por su parte, Epstein (2007) parece coincidir con el autor al sostener que la experiencia adolescente que se ha denominado “crisis de la adolescencia” con las diferentes manifestaciones de malestar, angustia, nihilismo y estallidos de diferente orden, es consecuencia directa de las restricciones legales y sociales que impiden que los jóvenes desarrollen sus capacidades reales para ser o actuar como adultos. Expresa que este concepto es el resultado de una coyuntura sociohistórica creada por sistemas atrasados que se instauraron en el siglo pasado y que produjeron la desaparición del continuo entre la infancia y la edad adulta.

Dentro de este debate también debemos incluir los aportes que realiza la Psiquiatría de nuestra época, particularmente del área anglosajona. El psiquiatra Offer y la psicóloga educacional Schonert-Reichl (1992) se inscriben igualmente en esta perspectiva crítica con respecto a las concepciones tradicionales de la adolescencia. Los autores sostienen que los mitos sobre la adolescencia han impedido la conceptualización de lo que consideran adolescentes normales y han entorpecido durante años la originalidad de la experiencia adolescente (Offer & Schonert-Reichl, 1992). Uno de estos mitos es la consideración de la adolescencia como una edad crítica caracterizada por el conflicto y diferentes manifestaciones de malestar. De estos “mitos” hacen responsables especialmente a los psicoanalistas posfreudianos, quienes presentaban, como ya señalamos, a los adolescentes en general como turbulentos e incapaces de pensamiento racional, concepción que se difundió ampliamente y llegó a constituir, según los autores, una creencia errónea generalizada. Las investigaciones empíricas actuales permitirían desechar esta concepción tan difundida, que ha partido de psicoanalistas que han trasladado a la normalidad sus hallazgos con jóvenes perturbados y de esta manera no han logrado establecer la “normalidad” de la mayor parte de los adolescentes. Por el contrario, sostienen que el estudio reciente con muestras de jóvenes que no son pacientes ha demostrado que la adolescencia no es una época en la que predominen las perturbaciones para todos esos sujetos. “La mayoría de ellos están cómodos con sus valores sociales y culturales”⁸ (Offer & Schonert-Reichl, 1992, 1004), destacan, como lo hacía Fize (2009), considerando que esto es un índice de ausencia de conflictos.

El segundo mito que cuestionan es que los adolescentes presentan cambios llamativos de humor, como consecuencia de las transformaciones psicológicas, fisiológicas y sociales que se producen en este período supuestamente “crítico”. A partir de un método de recolección de información sobre la experiencia diaria de los jóvenes

sobre sí mismos concluyen que sus oscilaciones de humor no difieren de las presentados por preadolescentes. Sin embargo, agregan, contradictoriamente y sin profundizar en la temática, que se observa un aumento de malestar en los adolescentes a medida que crecen. Lo explican, coincidiendo con otros investigadores, porque el aumento de afecto negativo durante este periodo puede ser un resultado de los cambios en la vida. Entre éstos destacan la pubertad, la que puede presentar problemas para algunos jóvenes, pero no porque se trate de efectos hormonales sino por las definiciones de lo que es deseable o esperable para ellos, expectativa que impacta en la experiencia de la misma pubertad, por ejemplo, el aumento de peso para las jóvenes, y la relación de inclusión o exclusión con sus pares para todos (Offer & Schonert-Reichl, 1992).

La adolescencia en la obra de Freud: las metamorfosis de la pubertad

Las diferentes apariciones del vocablo adolescencia en la obra de Freud justifican que abordemos su relevancia en la teoría freudiana, reconociendo sin embargo el privilegio fundamental que Freud otorga a lo que se desarrolla en los primeros años, las fijaciones de la libido, las primeras elecciones de objeto, que resultarán de tal importancia como para considerar sustitutivas las elecciones posteriores, recibiendo de esta manera el peso de una especie de “herencia afectiva”. Freud parece concordar con ciertas lecturas, asociar el despertar sexual de la adolescencia no sólo a una reactualización, sino más aún a una repetición de lo ocurrido en el pasado.

El fundador del psicoanálisis había abordado en los comienzos de su obra la importancia de la pubertad como momento de “desencadenamiento sexual” (Freud, 1895, 933) que es incluido en su teoría de la seducción, a partir de constatar “que se reprime un recuerdo el cual *posteriormente* llega convertirse en un trauma. El motivo de este estado de cosas radica en el retardo de la pubertad con respecto al restante desarrollo del individuo” (Freud, 1895, 940). Una vez establecida la sexualidad infantil, más adelante, no dejará de considerar este mecanismo de reactualización, pero insertado en una sexualidad en dos tiempos, principal condición etiológica del surgimiento de las neurosis (Freud, 1905). Este tema cobrará especial interés para algunos analistas de nuestra época, que hacen de la reactualización de fijaciones y fantasías pregenitales el mecanismo fundamental que opera en la adolescencia y es fuente de conflictos y angustia.

La pubertad de este modo es definida como momento específico en el desarrollo de la sexualidad infantil en el que se producen “metamorfosis” (Freud, 1905, 189) que conllevan cambios de importancia caracterizados por un desarreglo que conmueve la posición del sujeto como niño. La elección del objeto sexual y la separación de la autoridad de los padres se presentan como nuevos problemas que el joven debe afrontar. Si bien ciertas elecciones están planteadas desde la infancia, es necesario conside-

rar que son reactualizadas desde la pubertad, en un segundo momento del despertar sexual y necesitan dirigirse a un objeto fuera de ámbito familiar. Aquéllas son las elecciones de objeto y las de la posición que el sujeto se ve obligado a adoptar con relación al otro sexo. Freud privilegia entonces para abordar la adolescencia un real biológico, la pubertad, y destaca las diferentes respuestas condicionadas por la atracción de los componentes de la sexualidad infantil, por un lado, y por los modelos propuestos por la sociedad, por otro. En este último sentido advierte que no hay diferencia masculino-femenino a nivel del inconsciente, sino que “en el caso de los seres humanos no hallamos una virilidad o una femineidad puras en sentido psicológico ni en sentido biológico” (Freud, 1905, 200). Señala, de este modo, que únicamente en términos sociológicos se puede asegurar la existencia de la diferencia sexual, es decir, en las ficciones que organiza la cultura.

Por consiguiente, en la perspectiva freudiana, la pubertad se inscribe como una discontinuidad en la existencia libidinal del sujeto, en la medida en que debe abandonar vínculos arcaicos incestuosos vinculados al Complejo de Edipo y enfrentarse con el problema del acceso al otro sexo “en una edad en que por las condiciones de su desarrollo se ven precisados a aflojar sus lazos con la casa paterna y la familia” (Freud, 1910, 231). De este modo Freud (1930) complementa estos desarrollos señalando que el desprendimiento de la familia llega a ser para todo adolescente una tarea ardua, cuya solución le ha sido facilitada en otras sociedades en las que estaban vigentes determinados rituales de la pubertad.

No obstante, en la sociedad victoriana de la época esta solución no está presente y la incidencia de la cultura se presenta como fundamentalmente restrictiva, (Freud, 1930, 96). Este panorama, según Freud, plantea serias dificultades en el pasaje de la infancia a la edad adulta, en tanto la sociedad y la educación no brindan al joven alternativas para transitar este período sin mayores consecuencias, por la intensidad de la represión a la que lo condena. Sin embargo, destaca la figura del padre y su importancia en la adolescencia y la de los maestros y profesores como sustitutos de la figura paterna y responsables de la salida de la adolescencia al mundo (Freud, 1914). Así, los nuevos ideales y figuras de ideal que ofrece la educación tenían, en ese momento, su punto de apoyo en la función del padre, lo cual también suponía la existencia de un Otro sólido y consistente que ayudaría a la elaboración de las dificultades del tránsito adolescente.

La adolescencia en la enseñanza de Lacan: una coyuntura de encuentro con lo real y el despertar de los sueños

La enseñanza de Jacques Lacan desde sus comienzos cuestiona definir la sexualidad en términos biológicos, lo que subyace al criterio evolutivo. Se trata para Lacan de precisar la sexualidad que concierne al psicoanálisis como una práctica en el campo del lenguaje y que opera

a partir de la significancia. ¿De qué se trata en lo que Freud llama sentido sexual del síntoma, en otros términos, qué sentido otorgar al sexo en un sujeto definido a partir de su inscripción en diferentes registros simbólico, real e imaginario? La adolescencia se nos presenta como un momento en el marco de un desarrollo discontinuo en términos estructurales, lectura que contempla las relaciones entre el sujeto del inconsciente y la dimensión libidinal. En este contexto la pubertad y la adolescencia se sitúan en una temporalidad que no obedece a la biología ni a un proceso de maduración, sino a la lógica que organiza las relaciones del sujeto con el Otro, es decir, inscrita en una relación social presente desde el origen.

En la primera parte de su enseñanza (Lacan, 1957-58), en un cuestionamiento sostenido de los autores posfreudianos y apoyándose a su vez en algunos de sus hallazgos, elabora en la diacronía un desarrollo estructural crítico sometido a escansiones en torno a las relaciones Edipo/castración y sus consecuencias en las transformaciones que sufre el sujeto en el registro de las identificaciones formadoras, particularmente el Ideal del Yo. De este modo, reformula el mito edípico freudiano en términos estructurales, considerando que será fundamental la forma en que el niño haya atravesado el Complejo de Edipo. En este sentido, subraya la importancia en la estructuración subjetiva de la operación de la Metáfora Paterna en la infancia para que, en el momento de la pubertad, el sujeto pueda hacer uso de los “títulos” (Lacan, 1957-58, 201) que el padre en su momento le ha prometido. Esta cuestión se liga estrechamente con la necesaria identificación por parte del niño con las insignias ideales del padre, lo cual da lugar a la conformación del Ideal del yo. En esta formación lo central es que “el sujeto se reviste con las insignias del Otro” (Miller, 1998, 96), a partir de la sustitución operada con respecto al deseo de la madre y la producción de un valor nuevo: la significación fálica que organiza el deseo y el goce. La figura del padre adquiere de este modo un lugar preponderante en el establecimiento de las coordenadas simbólicas del sujeto, en la orientación del deseo, del goce y de la existencia misma. En la pubertad, con su oleada pulsional, por un lado, y el cuestionamiento de las figuras parentales, por el otro, el joven deberá encontrar soluciones que le permitan suplir la falta de saber sobre el sexo. Es decir, poner en juego el fantasma en una elección de la que en muchos casos intenta escapar. Por consiguiente, el pasaje por los desfiladeros del Edipo y de la castración condicionará el derrotero por el cual el sujeto comenzará a transitar en el momento de la adolescencia.

El escrito *Juventud de Gide o la letra y el deseo* (Lacan, 1958) es asimismo crucial para el análisis de los problemas que plantea la adolescencia. En él se aborda la adolescencia prolongada del célebre literato contemplando los encuentros con el amor, el sexo y la figura ideal de Goethe, que culminan en el abandono del período de transición en el que se mantenía, no pudiendo encontrar un horizonte para su vida. La incidencia de la cultura no es tratada en forma directa, sino a través del amor materno y la religión protestante a la que adhería, con una

moral rígida y vigilante que repercutía en la relación con su hijo, amado, pero “no deseado”, como lo destaca Lacan (1957-58, 265). La juventud de Gide está inscrita en el curso de diferentes momentos en los que el sujeto puede ir liberándose progresivamente de esta autoridad, liberación que no es sin resto y que sigue vigente en su modo de amar, desear y gozar (Napolitano & Fernández Raone, 2018).

A estos aportes debemos añadir el texto *El despertar de la Primavera* (Lacan, 1974), que aborda el problema de la adolescencia y que nos permite a su vez acompañar la secuencia de la enseñanza de Lacan en los años 70. Lacan en ese escrito analizará la adolescencia poniendo el acento en el necesario “despertar de los sueños” (Lacan, 1974, 109). Hace referencia así al momento en que la emergencia del problema de las relaciones con el otro sexo crea un agujero en lo real, no hay nada que prepare al joven para este encuentro, no hay un saber prestablecido, como lo constata Lacan en la lectura del amor entre Dafnis y Cloe (Longo, 1955). Subraya de esta manera la aparición en la pubertad de un nuevo goce de sentido oscuro que acompaña a las mutaciones del propio cuerpo, así como el carácter enigmático con el que se presentan los problemas vinculados a las relaciones entre los sexos, para lo cual no se encuentra un saber que pueda servir de referencia.

A partir del análisis del drama *Despertar de primavera* (Wedekind, 1891) señala que lo que en él está en juego es el problema del encuentro con el sexo y las diferentes respuestas de adolescentes que cursan la escuela secundaria. Los otros personajes son los padres y los maestros, de los que se sirve el autor para criticar la moral sexual de la época y sus efectos en los diferentes personajes de la obra. Los críticos literarios la sitúan como “una tragedia moderna”, diferenciada del argumento de la tragedia antigua (Page & Jodeau-Belle, 2015). Efectivamente, esta diferencia se plantea en tanto el protagonista está sometido a una elección, y tiene que decidir, tal como lo encontramos al final de la obra en el que el joven elige separarse de la autoridad de los padres y abandona la posibilidad del suicidio.

Lacan (1974) comenta la obra de Wedekind considerando que el dramaturgo anticipa a Freud, en la medida en que, a propósito de situar este encuentro de los jóvenes con el sexo, presenta en forma dramática un momento en el que hacen su aparición las relaciones del sentido con el goce. Este encuentro y estas relaciones ponen de manifiesto el vacío del saber sobre el sexo, en la medida en que nada prepara en el momento de la pubertad el saber afrontar el Otro sexo, sino que le impone al sujeto decidir qué hacer como hombre o como mujer en el registro de la ficción, a partir del “despertar de los sueños” (Lacan, 1974, 109). Esta frase del escrito de Lacan se presta a dos lecturas diferentes pero tal vez complementarias: el despertar de las ensoñaciones infantiles, por un lado, y, por otro, el necesario apoyo en el fantasma para desear y gozar según una lógica fálica, a partir de la castración y la prohibición que conlleva. Lacan agrega “no para prohibir la relación sexual, sino para fijarla en

la no relación que vale en lo real” (Lacan, 1974, 111), con lo que expresa el necesario recurso a los semblantes de las relaciones entre los sexos para cubrir la falta de relación proporción sexual a nivel del inconsciente. Es justamente por las diferentes posiciones que asumen los dos jóvenes varones frente a la problemática del sexo en la obra que Lacan planteará la adolescencia como momento traumático en algunos casos o como una salida para el atolladero en el que el joven se halla, en el caso que logre encontrar una oferta que le permita elegir dejar atrás el mundo de la infancia y la dependencia de los padres y maestros.

El personaje que adquiere importancia crucial al final del drama es El hombre enmascarado, quien se presenta sin dar respuesta a los interrogantes del protagonista, pero animándolo a conocer el mundo, a tomar riesgos, a vivir una experiencia sin garantías. Representa para Lacan (1974) uno de los posibles Nombres del Padre, ahora pluralizados en su enseñanza y que pueden encontrar diferentes encarnaciones, en el registro del semblante, para que el adolescente pueda avanzar en el camino hacia un anudamiento sintomático que le permita suplir la disarmonía estructural de las relaciones del sentido con el goce.

De este modo, Lacan (1974) presentará al respecto su axioma de estructura: “no hay relación sexual”, en la medida en que la pulsión es siempre pulsión parcial con respecto a su fin, y el sujeto tendrá que buscar en el campo del Otro los semblantes que le permitan adoptar una posición e identificación masculina o femenina, no sin pasar por la castración. De especial importancia resulta entonces dilucidar cómo se las arregla el púber para atravesar este momento, verdadero encuentro con lo real fuera de significación, que implica una inevitable pregunta y soluciones diversas. Soluciones que permitan o impidan al adolescente situarse como hombre y mujer, en términos de deseo sexual, buscando en el Otro el complemento de aquello que del goce del viviente se ha perdido por ser un sujeto parasitado por el lenguaje. La importancia de los modelos culturales resulta especialmente significativa, en esta ocasión, si consideramos el vacío de la falta de respuesta que consiga hacer armónica la relación con el sexo y las posiciones sexuales.

Conclusiones

Hemos presentado una serie elaboraciones teóricas que en la actualidad han definido la adolescencia, de acuerdo con la importancia concedida a los factores biológicos y sociales en su determinación. Por un lado, para algunos autores se trata de una fase evolutiva universal biológicamente determinada, periodo de “tormenta y estrés”, el cual implica una crisis psicobiológica, necesaria e imposible de evitar, con una independencia, en menor o mayor medida, del ambiente sociocultural. Por el otro, otros la definen como una construcción sociohistórica, en una perspectiva relativista que cuestiona la existencia de la adolescencia misma poniendo el énfasis en los determinantes del Otro social, familiar o cultural en el pasaje de

la infancia a la adultez. En otros términos, para estos autores el acento recae en la importancia de la organización social actual en la creación de culturas adolescentes y el mantenimiento de los jóvenes en una situación de inacabamiento e irresponsabilidad. En esta concepción el concepto de adolescencia no es universal, ya que históricamente se ha comprobado que no siempre existía como la conocemos en la actualidad. Otros estudiosos del tema se incluyen en la misma dirección criticando la noción de “crisis de la adolescencia”. La consideran una extensión abusiva que, por un lado, patologiza la adolescencia a partir de la carencia de referencias simbólicas de los propios adultos frente a los cambios de los jóvenes y, por el otro, se erigirá como un elemento de dominación por parte del Otro social o familiar, el cual impone limitaciones y restricciones a los sujetos en este momento de la vida.

Es de destacar que el Psicoanálisis y su práctica con adolescentes, por su lado, permiten ciertas generalizaciones que contemplan la importancia de la incidencia de la cultura en los problemas que se abren para los jóvenes en su pasaje, sin dejar de situar la pubertad con sus cambios hormonales en el centro de su determinación. Este pasaje puede ser considerado una transición o una ruptura del estado de dependencia infantil en el orden del deseo, el goce y la subjetivación del sexo. Esta perspectiva considera la diversidad de respuestas que pueden producirse, respuestas como intento de soluciones a los nuevos encuentros con los que el joven no puede dejar de enfrentarse.

Hemos considerado de fundamental relevancia dos aspectos principales de la adolescencia que Freud tempranamente destaca y que Lacan reformula en términos de una lectura crítica articulando estructura y desarrollo. Postura crítica especialmente referida al concepto de sexualidad, que recibe una progresiva reformulación en el curso de su enseñanza. En Psicoanálisis la sexualidad no se refiere a una función biológica, como algunos textos que Freud escribe en el contexto de la ciencia de su época permiten desprender. La sexualidad y especialmente la sexuación se inscriben en las operaciones de constitución del sujeto al principio de la enseñanza de Lacan en términos del binomio falo y castración. Más tarde, formaliza como verdadero axioma de estructura el “no hay relación sexual”, el que se deduce en parte de los dichos de Freud y que pone de relieve un real negativo desde el punto de vista de la significancia. Es justamente en la adolescencia cuando se plantea para el joven la posibilidad de una relación con el otro sexo y el necesario desasimiento de la autoridad parental, problemáticas que aluden, por un lado, al carácter traumático de lo real del sexo en el plano de los efectos de significación y, por el otro, a la vacilación de las identificaciones en esta coyuntura particular de la existencia, vacilación que es constitutiva de los denominados problemas de identidad, central para algunos autores.

Asimismo, hemos destacado cómo el fundador del Psicoanálisis establecía una importante relación entre el real pulsional que se hace presente en la pubertad y las transformaciones que exige, considerando asimismo la

incidencia del malestar en la cultura de su época, caracterizada por los imperativos, las prohibiciones y las normas que regulaban el acceso a la satisfacción en las relaciones entre los sexos.

En este sentido, la enseñanza de Jacques Lacan nos permite dar su justa medida a los factores culturales como contexto en el cual los adolescentes buscan semblantes, soluciones para suplir la falta de saber y de saber hacer con el sexo, por lo que se nos presenta como una coyuntura específica en la que se revela el carácter disarmónico de la relación del sujeto con el sexo y adquiere por eso, en ocasiones, un carácter traumático. La adolescencia constituye un despertar (real traumático con respecto a los sueños de la infancia) y a su vez una apertura a la invención de semblantes que organicen la posición sexual. Por consiguiente, debemos subrayar que es una coyuntura que implica invariantes estructurales que, en relación con los problemas del sexo y la existencia, obligan al sujeto a elaborar respuestas inéditas como intentos de soluciones, siempre condicionadas por el Otro familiar y cultural.

Cuando aludimos a estas condiciones en este momento de transición nos referimos tanto a los cambios en el Otro encarnado en el cuerpo, así como al Otro del orden simbólico, es decir, las regulaciones y ofertas de la cultura de cada momento histórico. Es nuestra hipótesis que estas condiciones no son determinantes, sino que adquieren su importancia de acuerdo con las mencionadas invariantes estructurales que presiden la constitución del sujeto en relación con el sexo como real negativo de la estructura.

A partir de lo señalado previamente, nuevos interrogantes y líneas futuras de investigación surgen en nuestro horizonte, particularmente en términos de una articulación teórico-clínica, que atienda a la singularidad de cada caso. Entre estas problemáticas podemos destacar las incidencias de la diferenciación entre los sexos en las manifestaciones clínicas y las salidas de la adolescencia en el contexto sociohistórico actual; la función de la utilización de nuevas tecnologías en las relaciones con el otro sexo en los jóvenes; las nuevas formas de lazo social y de filiación a partir de los cambios en la sociedad contemporánea; la emergencia de nuevas presentaciones sintomáticas en la adolescencia, entre otras.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Arnoult, A. (2011). *La médiatisation des troubles liés à l'adolescence dans la presse quotidienne nationale française (1995-2009)*. Tesis doctoral en Ciencias de la Información y de la Comunicación, Université Lumière Lyon 2.
- Claes, M. (1983). *L'expérience adolescente*. Bruxelles, Mardaga, 1995.
- Debesse, M. (1937). *La crise d'originalité juvénile*. Paris: P.U.F.
- Erikson, E. (1950). *Infancia y sociedad*. Buenos Aires: Hormé S. A. E., 1966.
- Erikson, E. (1972). *Sociedad y adolescencia*. Buenos Aires: Siglo XXI, Argentina.
- Epstein, R. (2007). *The Case Against Adolescence. Rediscovering the Adult in Every Teen*. Sanger, Quill Driver Books/Word Dancer Press.
- Fernández Raone, M. (2017). *Adolescencia, consumo de sustancias y demanda terapéutica*. Tesis doctoral en Psicología, Facultad de Psicología Universidad Nacional de La Plata.
- Fize, M. (2001). *¿Adolescencia en crisis? Por el derecho al reconocimiento social*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Fize, M. (2009). *Antimanuel de l'adolescence: toute la vérité, rien que la vérité sur les adolescents*. Québec, Les Éditions de l'Homme.
- Freud, A. (1936). *El yo y sus mecanismos de defensa*. Buenos Aires: Paidós, 1954.
- Freud, S. (1895). "Proyecto de Psicología". *Obras Completas*. Buenos Aires: Amorrortu, 1976, Vol. I, 323-446.
- Freud, S. (1905). "Tres ensayos de teoría sexual". *Obras completas*. Buenos Aires: Amorrortu, 1978, Vol. VII, 110-222.
- Freud, S. (1910). "Contribuciones para un debate sobre el suicidio". *Obras Completas*. Buenos Aires: Amorrortu, 1991, Vol. XI, 231-232.
- Freud, S. (1914). "Sobre la psicología del colegial". *Obras Completas*. Buenos Aires: Amorrortu, 1991, Vol. XII, 243-250.
- Freud, S. (1930). "El malestar en la cultura". *Obras Completas*. Buenos Aires: Amorrortu, 1979, Vol. XXI, 57-140.
- Hall, S. (1904). *Adolescence: its Psychology and its relation to physiology, anthropology, sociology, sex, crime, religion and education*. New York: D. Appleton and Company.
- Huerre, P. (2001). "L'histoire de l'adolescence: rôles et fonctions d'un artifice". *Journal français de psychiatrie*, 3(14), 6-8.
- Huerre, P., Pagan-Reymond, M., & Reymond, J.M. (1997). *L'adolescence n'existe pas. Une histoire de la jeunesse*. Paris: Odile Jacob, 2003.
- Jeammet, P. (1994). "Adolescence et processus de changement". D. Wildocher (Comp.), *Traité de Psychopathologie*. Paris: P. U. F., 687-726.
- Jeammet, P. (1995). "La identidad y sus trastornos en la adolescencia". *Cuadernos de psiquiatría y psicoterapia del niño y del adolescente*, 19/20, 161-178.
- Jeammet, P. (2002). "La violencia en la adolescencia: una respuesta ante la amenaza de la identidad". *Cuadernos de Psiquiatría y Psicoterapia del niño y del adolescente*, 33/34, 59-91.
- Le Breton, D. (2014). *Una breve historia de la adolescencia*. Buenos Aires: Nueva Visión.
- Lacan, J. (1958). "Jeunesse de Gide ou la lettre et le désir". *Écrits*. Paris: Seuil, 1966, 739-764.
- Lacan, J. (1974). "El despertar de la primavera". *Intervenciones y Textos 2*. Buenos Aires: Manantial, 1988, 109-113.
- Lacan, J. (1957-58). *El Seminario. Libro 5. Las formaciones del Inconsciente*. Buenos Aires: Paidós, 2004.
- Longo (1955). *Longus: Daphnis and Chloe*. Londres, Loeb Classical Library.
- Lozano Vicente, A. (2014). "Teoría de teorías sobre la adolescencia". *Última década*, 40, 11-36.
- Marty, F. (2006). "L'adolescence dans l'histoire de la psychanalyse". *L'évolution psychiatrique*, 71, 247-258.
- Mead, M. (1928). *Coming of age in Samoa. A psychological study of primitive youth for western civilisation*. New York, William Morrow & Company.

- Miller, J.-A. (1998). *El Seminario de lectura del libro V de Jacques Lacan. Seminario de orientación de lectura de "Las formaciones del inconsciente"*. Barcelona: Escuela del Campo Freudiano de Barcelona.
- Napolitano, G. & Fernández Raone, M. (2018). "La prolongación de la adolescencia en André Gide". *Revista Universitaria de Psicoanálisis*, 18, 143-156.
- Offer, D., & Schonert-Reichl, K. (1992). "Debunking the Myths of Adolescence: Findings of recent Research". *Journal American Academic Child Adolescence Psychiatry*, 31(6), 1003-1014.
- Page, C. & Jodeau- Belle, L. (2015). *Le non-rapport sexuel à l'adolescence. Théâtre et cinéma*. Paris: PUR.
- Quentel, J.-C (2004). "L'adolescence et ses fondements anthropologiques". *Comprendre*, 5, 25-41.
- Rousseau, J.-J. (1762). *El Emilio o de la Educación*. Barcelona: Alianza, 1973.
- Seguí, L. (2009). "Le discours du maître dans la société adolescente". *Mental*, 23, 55-61.
- Wedekind, F. (1891). *El despertar de primavera*. Buenos Aires, Letra Viva, 2012.
- Winnicott, D.W. (1965). *The Family and Individual Development*. New York: Routledge, 2006.

NOTAS

¹⁻⁸ La traducción es nuestra.